

PRESENCIA EN LA AUSENCIA

Rev. Daniel Feliciano

➤ **Texto:** Nehemías 1:3-5; 10-11

“Y me dijeron: El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego. Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos. Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; Ellos, pues, son tus siervos y tu pueblo, los cuales redimiste con tu gran poder, y con tu mano poderosa. Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo, y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre; concede ahora buen éxito a tu siervo, y dale gracia delante de aquel varón. Porque yo servía de copero al rey.”

➤ **Introducción:** “Trasfondo histórico”

En ningún momento en la historia de la fe, Dios ha abandonado su pueblo. Aún en los momentos de crisis, de prueba y dolor, no es que Dios nos haya abandonado. Por el contrario, Dios ha permanecido presente en medio de su pueblo a pesar de las circunstancias. Su presencia siempre ha sido constante y real.

En todo momento Dios ha levantado líderes para dirigir al pueblo y pastorearlos en cada situación apremiante. A algunos de esos líderes le ha tocado ser pastores en momentos de progreso, crecimiento y victorias. A otros le ha tocado cuidar del rebaño espiritual en momentos de retrasos, decaimientos, tribulaciones, cautiverios y hasta derrotas.

Nehemías fue uno de esos líderes que Dios usó en los momentos más difíciles y cruciales en la historia antigua de Israel. ¿Qué hacía la situación de Nehemías tan difícil y tan crucial? Fijémonos en la naturaleza de sus circunstancias:

- El pueblo de Israel estaba desbandado a consecuencia de los 70 años de exilio
- La tierra prometida estaba asolada y devastada
- La infraestructura de la ciudad santa estaba demolida
- El culto y la adoración se habían trocado
- La esperanza y la fe del pueblo estaban caídas

La enorme tarea de reconstruir la ciudad; levantar de nuevo el templo, reorganizar la nación y restablecer el culto se veía casi como imposible. Por encima de todo eso, Nehemías fue objeto de celo y ataques personales por parte de gente que se encelaron y se oponían a su obra.

➤ **Nehemías enfrentando la realidad**

En los primeros 7 versículos del capítulo uno del libro de Nehemías, este pastor, este líder maravilloso se ve forzado a enfrentar la realidad de lo que todo el pueblo está padeciendo. Estos versos nos declaran este hecho en forma implícita y en forma explícita. En forma implícita porque a juzgar por el informe que un hombre llamado Hanani le trae, nos da la impresión de que Nehemías había inquirido sobre la situación de aquellos que todavía vivían en la tierra de Israel, quienes no habían sido llevados al cautiverio. A estos, la Biblia le llamó el remanente. Notemos cómo describe el verso 3 de este primer capítulo el resumen de lo visto por aquel testigo ocular. Dice:

“El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego.”

El informe es brutal. Ante tan amargo reportaje, tal parece que Nehemías no vio otra alternativa que clamar a Dios en oración. El resto del capítulo, de los versos 4 al 11, es la oración de Nehemías presentando ante Dios la situación tan penosa en la que vive el pueblo.

➤ **Nehemías se acerca a Dios en oración**

Glorias sean dadas a Dios que le ha provisto a su pueblo un arma, una herramienta poderosa para que podamos con confianza, con fe y esperanza enfrentar las más difíciles y dolorosas situaciones de la vida. Esa herramienta se llama, la oración.

La importancia de la oración como disciplina cristiana es igualada solamente por el estudio de la Palabra de Dios. La escasez de oración es la razón principal para la falta de ánimo, la falta de santidad y la falta de victoria en el creyente. Pero la abundancia de oración lo cambia todo.

A través de la oración establecemos un diálogo directo con Dios. Oración es intimidad con Dios. Cuando vamos a Dios en oración tenemos la autoridad de dirigirnos a él como hijos amados. Al orar también nos convertimos en colaboradores con Dios para cambiar el orden de las cosas de su curso corriente y

presente en beneficio de otro y de uno mismo. La oración es tanto privilegio como mandamiento.

Nehemías oró. Oró con fuerza, oró con pasión, oró con fe. Primeramente, en su oración reconoce que Jehová es un Dios de pactos. Y que Él es siempre fiel a sus pactos y a sus promesas. Es por eso que en su oración Nehemías recuerda y afirma su fe con las siguientes palabras:

“Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guardas el pacto y la misericordia a los que te aman y guardan tus mandamientos;”

Pero en su oración, Nehemías no solo afirma el poder, la misericordia y el amor de Dios, sino que afirma en una forma muy bella y dinámica, la presencia de ese Dios, presencia que nunca falta. Notemos cómo Nehemías recalca en esa presencia constante. Él dice en el verso 6:

“Esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos.”

Y luego en el verso 11, vuelve Nehemías a repetir la misma expresión y esta vez con más énfasis, con más ahínco:

“Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo, y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre.”

Para Nehemías Dios se hace presente con sus ojos y con sus oídos. Con sus ojos Dios ve nuestra aflicción, nuestro sufrimiento, nuestra crisis, nuestros dolores. Con sus oídos Dios escucha nuestro clamor, nuestros gritos de desesperanza, nuestras quejas, nuestras plegarias, nuestras oraciones.

Pero fijémonos nuevamente que hay una manera más en que Nehemías afirma la presencia de Dios en medio de su pueblo. Nehemías en el verso 10 dice:

“Ellos, pues, son tus siervos y tu pueblo, los cuales redimiste con tu mano poderosa.”

Nehemías está confesando en su oración que con sus ojos Dios hace presencia viendo nuestra aflicción. Con sus oído Dios hace presencia escuchando nuestras oraciones y con su mano, Dios hace presencia entre su pueblo dirigiéndonos hacia decisiones sabias y justas; protegiéndonos del mal que ronda los aires,

levantándonos de las caídas en nuestros errores humanos; animándonos cuando la fe desmaya. Su mano es fortaleza, aliento y salud.

➤ **Presencia aun en la ausencia**

Benditas sean las misericordias del Dios que hace presencia aun en la ausencia. Había una ausencia en el corazón y la realidad del pueblo de Israel en los tiempos de Nehemías. Se ausentaba por 70 años, el templo. Se ausentaba el sacerdocio, se ausentaba el arca del pacto, se ausentaba el culto, se ausentaban los sacrificios, se ausentaban las lecturas de la ley, se ausentaban las peregrinaciones a la santa ciudad, se ausentaban las asambleas solemnes. Pero Dios continuaba presente. Su presencia nunca faltó.

Esa presencia divina no se enclaustra en cuatro paredes de un edificio, aunque le llamemos templo de Dios. Esa presencia divina no la opaca ni la arrincona ninguna crisis, ni tribulaciones, ni cautiverios, ni distancia, ni circunstancia, ni pandemias. Esa presencia divina es real, es poderosa y es fortalecedora.

Nehemías en su oración, en su clamor apela a esa presencia gloriosa y poderosa. Y en ella pide éxito; éxito ante el enemigo opresor. El pueblo enfrentaba una crisis como nunca, que amenazaba con derrumbar los ánimos y hacer desaparecer a Israel como nación, como pueblo. Pero su esperanza era una resurrección nacional como lo predijo el profeta Ezequiel en su visión de la resurrección de todo un cementerio de huesos secos.

A Nehemías le toca dirigir y atender al pueblo en aquellos momentos cuando el pueblo está totalmente enfermo emocional y espiritualmente por su condición de esclavitud. Tristeza, angustia, miedo, vergüenza y nostalgia les invaden. Pero para el dolor, la tristeza y la aflicción, la presencia de Dios es bálsamo divino que imparte fortaleza, esperanza y salud.

La presencia de Dios no es una imaginación. Su presencia es real. Su presencia no es una píldora azucarada. Su presencia es antídoto vivo y eficaz para el alma afligida. Su presencia no es un concepto esotérico para gente religiosa. Su presencia es una experiencia activa en el diario vivir. Su presencia es el recurso supremo de fe para todo creyente.

El Dios que nosotros su iglesia sirve y adora, no es el Dios que nos niega su presencia. El principio supremo de nuestra fe no es que nosotros busquemos a Dios sino que Dios nos busca a nosotros. La maravilla de esa nuestra fe es que yo me deleito como creyente en sentir su presencia y que más se deleita Dios en estar con

nosotros. Se deleita tanto Dios en brindarnos su presencia que se encarnó en Jesús para estar con nosotros aun dentro de nuestra humanidad.

➤ **Conclusión:** “Las Torres Gemelas” en el cementerio

Concluyo con el siguiente testimonio. Varios años atrás en nuestra iglesia La Hermosa había una pareja de hermanas gemelas, mellizas que eran tan altas de estatura que le llamábamos, “las torres gemelas.” Pero no solo eran altas de estatura, sino que también tenían una fe y una devoción por el Señor que daba gusta verlas sirviéndole a su Dios.

Un día su padre muy anciano sucumbió a una enfermedad que le sobrevino. Tiempo antes de su muerte sus hijas, le habían visto recibir a Jesús como salvador en medio de su crisis de salud. El cántico favorito de estas dos hermanas era ese cántico cuya letra dice:

**Mi anhelo es buscar de día y noche
De tu amor y la ternura, de tu Espíritu, Señor
En tu presencia hay plenitud de gozo
Delicias a tu diestra, por siempre y para siempre
Me gozo en tu presencia**

A la muerte de su padre, las gemelas me pidieron un favor que para ellas era muy especial. El favor que me pidieron fue que, en el cementerio, mientras fueran bajando en el ataúd los restos de su padre a su sepultura, yo cantara ese su corito favorito. Indudablemente, como su pastor, accedí a su petición y me preparé para cantarlo lo mejor posible para complacerlas a ellas, dado el caso que no soy cantante.

¿Pero qué sucedió? Sucedió que, en ruta al cementerio, por cuestiones del tráfico que caracteriza la ciudad de NY, perdí el contacto con el cortejo fúnebre. Al llegar al cementerio no sabía dónde exactamente era el sepelio y luego de arribar a un par de entierros equivocados, por fin di con el entierro correcto, pero llegué muy tarde.

Ya estaban bajando casi hasta el final de la fosa los restos del difunto Vázquez. Pero allí, frente al escenario de despedida de su padre, las gemelas, abrazadas una con la otra, con todas sus fuerza y con toda su fe, mirando hacia el cielo, no hacia la tumba, cantaban a toda voz, su cántico favorito y repetían y repetían la línea final:

**En tu presencia hay plenitud de gozo
Delicias a tu diestra, por siempre y para siempre
Me gozo en tu presencia**

Entendí en ese momento que era a ellas a las que le tocaba entonar esa confesión de fe. No fue a mí a quien se le murió el padre, fue a ellas. En ese momento, la presencia de Dios era importante para mí, pero para ellas, era urgente.

La presencia del Señor es real. La presencia del Señor es oportuna. La presencia del Señor es eficaz. En estos días de aislamiento, soledad, frustración e incertidumbre, reclama para ti esa presencia divina como lo hicieron las gemelas Vázquez en el momento en que comenzaba la ausencia de su padre terrenal y como lo hizo Nehemías en el momento en que tantas cosas representaban la ausencia de la tierra prometida. Mis hermanos y hermanas, aquellos que hemos conocido a Dios a través de su hijo Jesucristo vivimos con la certeza de que le servimos al Dios que hace presencia aún en la ausencia. ¡Y a su nombre, gloria!

¡Amén!